

El Cristo de la Vera-Cruz de Teguiise

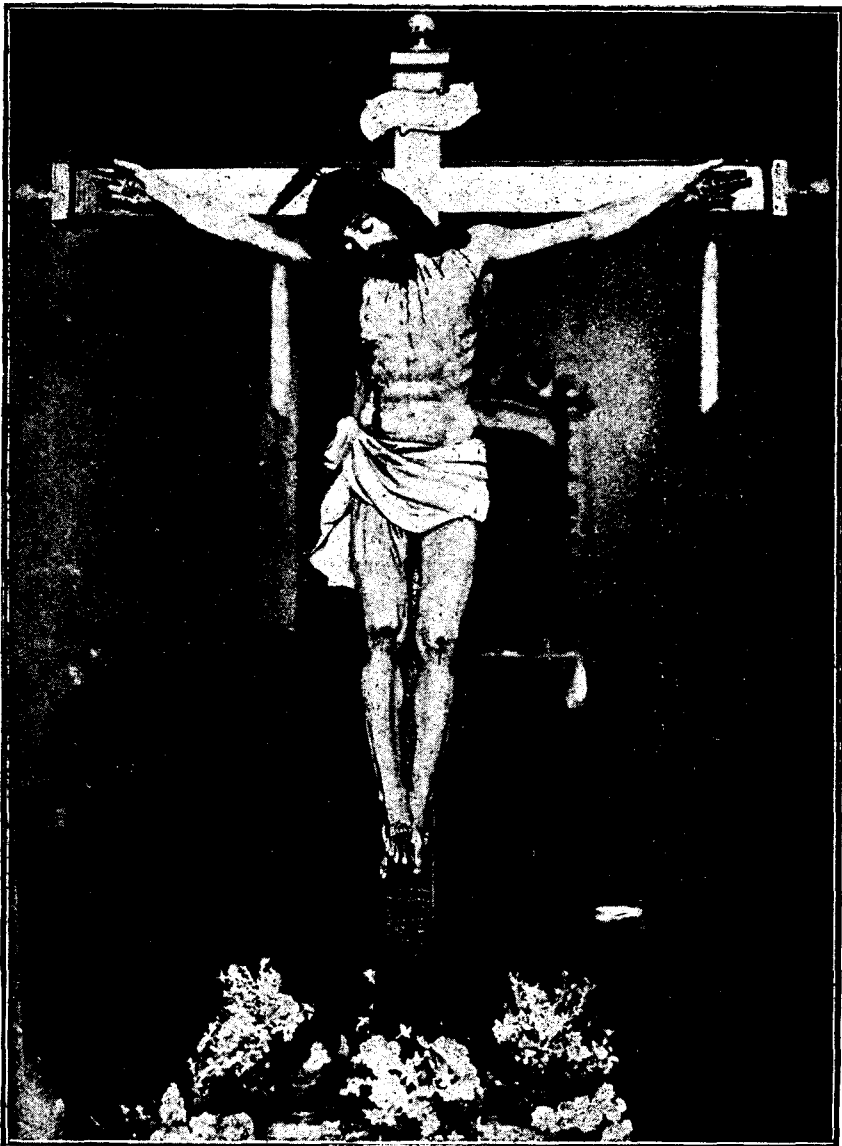


TEGUISE, la Villa señorial, llena de recuerdos, santuario de memorables hazañas, relicario de prendas y joyas artísticas, a modo de pretérito estuche que la conserva y la guarda, tiene una ciclópea fortaleza aurificada por el sol de muchas centurias, que se yergue magestuosa en la cumbre de una elevada colina, dominando *los mares que rodean la isla*.

De las muchas obras de arte que conserva la histórica Villa, por la gracia de su pasado esplendor, llama la atención, así del inteligente como del profano, el portentoso Cristo de la Vera-Cruz, que con todos los honores se conserva en el Santuario de su nombre. No es muy antigua la obra; su labor pertenece a la del siglo décimo séptimo; pero nadie conoce un ejemplar semejante, ni hay registradas noticias de que le haya en las Canarias. Es un Cristo tumefacto, de piel verdosa y aspecto lastimoso, de un realismo quizá demasiado humano. Su cabellera de pelo natural, baja hasta la cintura, y cuando se saca en procesión la sagrada Efigie, sus guedejas dando al viento, producen la sensación de que se siente pasar el huracanado viento del Calvario, imprimiendo en el ánimo del creyente un profundo respeto, recogimiento de religiosidad. Este detalle, a mi juicio, es el que le dá mayor mérito; no obstante, la talla es perfecta, hecha con pulcra maestría, correctamente trazada y con gran riqueza de expresión. La Cruz en que se sujeta, como igualmente la amplia peana que le sirve de base, merecen los honores de calificarlas como obras de arte de refinado gusto.

Yo he querido descubrir el origen de esta joya, de este Cristo tumefacto; pero tan poca curiosidad ha habido por conservar los datos referentes a su historia, que me he tenido que detener ante lo imposible, porque las versiones y tradiciones que del origen de esta escultura ruedan por el pueblo, no concuerdan, ni pueda deducirse de ellas una aproximación a la verdad. Se dice que habiéndose desarrollado en España una revolución, los revolucionarios asaltaron las Iglesias y conventos, y que una

Comunidad religiosa, para que la Efigie de Cristo Crucificado no fuera profanada por aquellos malvados, la arrojó al mar. Otra versión dice que iba la Imagen con dirección al Puerto de Vera-Cruz (América) y parece que corriendo una borrasca, el



Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, que se venera en la Iglesia de su nombre, en la Villa de Tegüise.

navío que la conducía naufragó frente a las costas de Lanzarote, encargándose el mar de arrojarla por la hermosa playa de Famara, donde una pobre mujer la recogió y vendió por medio almud de cebada.

Lo primero coincide con la expulsión de los jesuitas de España el año 1787 que ya sabemos que el gran Carlos III hombre generoso y caritativo, como pocos de nuestros Monarcas, digno de la estimación de los canarios, decretó el año ya citado, con el mayor secreto, la total expulsión de éstos, que se encontraban en todos los reinos de la corona de España. Y lo segundo, por las grandes calamidades que por este tiempo, por falta de cosechas y comunicaciones, había colocado a la isla de Lanzarote en la más crítica situación, lo que obligó a la pobre mujer a venderla por tan bajo precio. Se cuenta, también, otra fabulosa leyenda; pero nada puede anotarse con visos de verosimilitud.

Hoy, desgraciadamente, es de lamentar el repintado que se nota en la bella escultura, restando méritos a su portentosa policromía, pues manos inexpertas han repintado aquellas llagas purulentas con chorreras de sangre de color, (discúlpeleme lo vulgar de la frase), de cáscara de queso de bola.

Creemos que esto no debe quedar así. Hagamos por que desaparezcan esas ridículas chorreras; para que al visitarnos el turista ocasional, no asome a nuestra cara el sonrojo con lo que dirá... y de esta forma daremos una nota de cultura, dejando en el lugar que le corresponde a la Villa de Teguisse, relicario de muchas joyas.

LORENZO BETANCORT.

